

Misterio en el Cabo Polonio

Helen Velando

loqueleg

¡Yo no voy ni loco!

—¡Ni loco! ¡Yo no voy ni loco! ¿Adónde dijiste? ¿Al Cabo Polonio? —pregunté como para estar seguro de que no estaba alucinando. Pero mi tía lo volvió a repetir como esos avisos de la tele que te dicen la marca como dos mil quinientas veces y al final se te queda grabado en el cerebro: al Cabo Polonio.

—Te vas a la casa de mi primo Beto, son solo quince días. Yo no puedo llevarte conmigo, es un viaje de negocios: tengo que ir a reuniones, conferencias... no te puedo llevar, Bruno, no puedo...

La voz de la tía seguía resonando en mi cabeza. Ahora ya no me importaba nada, tenía el pasaje en mi mano y no podía creer que ella se deshiciera así de mí, por quince días. Después de que mamá murió la tía Inés me llevó a vivir con ella; mi papá estaba lejos, muy lejos, en Canadá, y lo veía una vez por año, más o menos, porque mis padres estaban separados desde que yo tenía cinco años. Por eso la tía Inés le dijo a

papá que lo mejor era que yo me quedara con ella, acá tenía a mis amigos, mi barrio, mis cosas...

A veces lo extrañaba y corría al teléfono; luego de charlar un rato con él me olvidaba de todo, mi papá siempre me ponía de buen humor. La tía Inés era igual. Ella decía que el abuelo Joaquín siempre estaba haciendo chistes y que ellos dos habían heredado su alegría. ¡Pero ahora la traidora me hacía esto! ¡No podía creerlo!

10

Subí corriendo la escalera y me metí en mi cuarto, el único lugar de la casa en el que siempre me sentía a salvo. Miré la foto del portarretratos y le pregunté a mamá por qué se había ido así, sin avisar; ella no respondió, me miraba sonriendo... y yo apenas le llegaba al hombro. Yo también me reía en aquella foto, a lo mejor era porque no tenía idea de lo que iba a pasar después, a lo mejor era porque en ese momento con ocho años no sabía lo que significaba el dolor. Y ahora ella no estaba para evitar que ocurriera aquello.

Prendí la computadora y empecé a clickear buscando cualquier cosa que me entretuviera.

Al rato de navegar en Internet me sentí mejor y me olvidé de todo, pero entonces subió ella, la traidora tía Inés. Apenas golpeó, pero yo aproveché que tenía puestos mis discman y me hice el distraído.

—Bruno, está pronta la cena; digo, si querés bajar... hice lasaña. Te espero abajo, chiqui.

¡Traición! ¡Traición! Y además utilizaba el viejo tru-

co de la lasaña, sabiendo que yo no podía resistirme. Esto era lo más bajo, lo más humillante, lo más... lo más...

—¿Le pusiste bastante salsa blanca? —grité.

—¡Sí, le puse mucha, como a vos te gusta! —se escuchó desde abajo.

“Está bien, no es debilidad, no es debilidad, lo mío es simplemente hambre”, pensé y bajé corriendo.

El Safari Exprés

12 Recliné el asiento y la música me inundó la cabeza. Todavía veía a tía Inés saludándome y tirando besos desde la plataforma, pero el ómnibus por fin arrancó y ella se quedó saludando cada vez más lejos. Aún recordaba sus palabras: “Son solo quince días; te voy a traer de regalo el *skate* con ruedas de silicona que tanto querías y el equipo completo con rodilleras, coderas y casco, con todo”.

El trayecto duraba como cuatro horas; por suerte a esta hora no viajaba nadie... ¡También!, ¿quién puede querer irse a algún lugar a las dos de la mañana?

Revisé mentalmente si traía todo; en mi mochila casi no había lugar: el discman, el walkman, los CD, la “maquinita”, revistas de *skate* y varios juegos por si alguien tenía una computadora.

Me dormí pensando en lo que había dicho la tía riéndose, que a lo mejor todo lo que llevaba no me iba a hacer falta, y me volvió a decir que su primo Beto me iba a esperar allá en el Cabo.

Cuando me desperté estaba amaneciendo... no tenía idea de que el amanecer pudiera ser tan lindo. Era la primera vez que veía salir el sol. Las nubes blancas y anaranjadas que iban salpicando el cielo azul tenían extrañas formas: algunas me hicieron pensar en un barco; otras, en la cabeza de un gigante. En la lejanía algunas manchitas grises corrían apenas por el pasto... después vi que eran ovejas. Más allá, el mar azul oscuro y el sol que apenas empezaba a asomar.

Junté todas mis cosas: latas de refrescos, galletitas, los walkman. El conductor paró en el medio de la carretera y gritó:

—¡Pasajeros al Cabo!

Arrancó y se fue. Las demás personas que bajaron, juntaron sus bolsos y comenzaron a caminar.

El día iba a ser caluroso; miré mi reloj: apenas eran las seis y media y ya el aire era sofocante.

Debajo de unos enormes eucaliptos descansaba un parador, y allí al lado, estacionados, dormitaban unos extraños vehículos que parecían salidos de una película del desierto: aquellas especies de camiones tenían nombres muy graciosos, enormes ruedas con potente tracción y grandes barandas de hierro alrededor de la caja donde se alineaban bancos de madera.

Me reí, creo que desde hacía mucho rato no lo hacía. Me gustaron los nombres y los dibujos que

tenían pintados, eran cómicos: El Mamut, Godzilla, El Dromedario.

—¡Boletos! —gritó un hombre con cara de recién levantado.

14 Todos se acercaron y yo quedé para el final. Los otros pasajeros empezaron a llenar uno de los camiones con todos sus bolsos, tablas de surf, deslizadores, cajas, mochilas, y se treparon. Cuando por fin me tocó subir, sólo pude sentarme en la punta de un banco, apenas agarrado de uno de los fierros.

De pronto una estridente bocina empezó a sonar. Por la carretera una camioneta se acercaba velozmente. El que manejaba paró y saludó al señor que cobraba los boletos señalándole a un hombre que bajaba de la camioneta; el hombre tenía algo raro, parecía uno de esos gángsters de las películas. Tomó sus bolsos y se trepó al camión. Yo tuve que correrme aun más, pero no dije nada; el tipo me miró y ni siquiera me pidió disculpas, y eso que me había pisado.

Una señora que se notaba que viajaba a menudo le preguntó al cobrador:

—¿Y el Safari del Cabo?

El hombre sonrió y contestó:

—La ambulancia sale más tarde, doña.

¿Ambulancia? ¿Tendría a alguien enfermo? Pero no me cerraba mucho lo del “safari”. En fin, a las seis de la

mañana yo no entendía mucho. Además estaba subido a un camión con barandas de hierro y con un nombre ridículo, así que no tenían mucha importancia las incoherencias que dijera una señora, quien a lo mejor estaba tan dormida como yo.

Como si supiera lo que estaba pensando, la mujer me explicó:

—Es una ambulancia de la Cruz Roja utilizada en la guerra de Vietnam que ahora la usan para cruzar las dunas; en ella viajo con más comodidad.

El camión se adentró en un camino de pedregullo y se veían montes de pinos a los costados de la ruta. Pasamos una casilla y entonces la señora me dijo: “Agárrrese bien m’hijo, no se vaya a caer”.

Yo iba bien agarrado pero no tenía idea de cómo era el trayecto; de pronto el camión empezó a subir y bajar por las dunas dando saltos, parecía el juego del Mambo del parque Rodó. ¡Estaba buenísimo! Claro que esto no se lo iba a comentar a mi tía, ni loco, si no después me iba a decir “viste que era divertido”. Odio cuando tiene razón y lo peor es que casi siempre la tiene y yo tengo que pedir disculpas y eso me cuesta montones, me da mucha vergüenza.

Saltamos durante cinco kilómetros, a lo mejor eran menos, no sé, pero estuvo divertido. En un momento el camión dejó de saltar y nos encontramos frente al océano.

Me dio un escalofrío aquella enorme cantidad de

agua, tan azul, tan inmensa... te deja sin palabras. A lo lejos se perdía en una playa larguísima, interminable, y del otro lado, como a dos kilómetros, un pueblo sobre las rocas cubierto de neblina —apenas se divisaban las casas— y allí, erguido y majestuoso como un vigilante del mar, se alzaba el faro del Polonio.